

9/16

# La Cruz del Sur

N.º

2



VILLA EN GARCHES POR LE CORBUSIER

**PROSAS** de: Alberto Lasplaces, G. y A. Guillot Muñoz, Francisco Espinola (hijo), Jorge Guillé  
**REPORTAJE** a Gervasio Forest Muñoz.  
**VERSOS** de: Julio Sigüenza, Sarah Bollo, Mario Esteban Crespi, Carlos A. Garibaldi, Artu Croce, Ramón M. Díaz.  
**CARATULA** de: Le Corbusier.  
**GRABADOS:** Mondaneum, Villa en Garches, Centrosoyus en Moscú por Le Corbusier; El sátiro ebrio, Cabeza de mujer, Atleta y Amazona por Gervasio Forest Muñoz; Ubuojo de Jorge N. Petroff.

# La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

ALBERTO LASPLACES, JAIME L. MORENZA, GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.  
ALVARO GUILLOT MUÑOZ, MELCHOR MENDEZ MAGARIÑOS

---

## SUMARIO

CARLOS REYLES	Por	ALBERTO LASPLACES
LE CORBUSIER EN MONTEVIDEO		G. y A. GUILLOT MUÑOZ
HABLANDO CON GERVASIO FUREST MUÑOZ	Reportaje	
EL VOLATINERO	Poema	JULIO SIGÜENZA
EL VELORIO DEL PELUDO		FRANCISCO ESPINOLA (Argo)
NOCTURNO DEL HORNERO	Poema	SARAH BOLLO
PUEBLO DE MIGUES	"	MARIO ESTEBAN CRESPI
RAIZ	"	CARLOS A. GARIBALDI
ESPAÑA - AMERICA	"	ARTURO CROCE
LA GRÁFICA QUE LLEGA	"	RAMÓN M. DÍAZ
POESIA FRANCESA	Por	JORGE GUILLEN
BIBLIOGRÁFICAS Y EXPOSICIONES		

## PARTE GRÁFICA

CARÁTULA, VILLA EN GARCHES, POR LE CORBUSIER  
OBRAS DE LE CORBUSIER  
ESCULTURAS DE GERVASIO FUREST MUÑOZ  
DIBUJO DE JORGE N. PETROFF



AÑO V.

N.º 27

---

ENERO Y FEBRERO 1930

MONTEVIDEO

## EL VELORIO DEL PELUDO

(CAPÍTULO DE LA NOVELA INÉRITA - DON JUAN EL ZORRO -)

Cuando la mulita se acercó a la cama el viejo peludo estaba boqueando. Salió a los gritos en busca de la lechuza, la curandera, que, en cuanto vió al enfermo, dijo, meneando la cabeza:

—M'hijita, tené pacencia, pero esto no tiene güelta. Caso perdido. Los golpazos del potro sí han cumplicao con mal di ojo, por lo que colijo.

Le tocó la frente y volvió a decir:

—Sí, es complicación. Hast'ha perdido l'habla. Se muere.

En un rincón, la mulita lloraba a lágrima viva. La lechuza le dió un poco de agua de ruda y, cuando vió que el peludo había estirado la pata, salió. Al rato cayeron con ella el lechuzón y dos aperiases.

—Ta igualito!, — dijo por decir algo el lechuzón, mirando al difunto.

—A la verdá!, — agregaron los aperiases, que eran hermanos.

—¿Vamo a pitar d'este tabaco qui hay n'este cartucho? E todas maneras, pa que se pierda!... — exclamó el lechuzón, con tristísimo acento.

Y dirigiéndose a la pobre mulita, que seguía llorando,

—¿Usté no pita, noverdá?,—preguntó.

—No, señor.

—¿No ven? E todas maneras... pa que se pierda... El papel debe d'estar po'aquí.

—Deje, yo tengo, — dijo uno de los hermanos, el menor, buscando en un bolsillo del raído cinto que sujetaba su chiripá de merino.

—No li hace. Si lo encontramos, mejor. E tuitas maneras... ¿No te dije? Aquí está.

Haceme uno fino pa mí, — dijo la lechuza.

Armaron todos. Y mientras la mulita, más sola que nunca entre aquellos acompañantes seguía llorando, estos revolvían la casa.

—Mirá qué cuchillo! Igualito al que se me quebró! Ti acordás, ¿eh? — habló el lechuzón a su sobrina.

—Talmente igual!

—Pucha, mire que yo quería aquel cuchillo! Si me lo regalara! Esté... ¿no me lo regala? E todas maneras... ¿eh?

—Sí, lleveló, lleveló.

—¿Y este cinto, tamién?

—Sí! Sí!

Los dos hermanos no eran tan cumplidos. Estaban parando rodeo de prendas arriba de un poncho.

La lechuza había aprontado el mate y, cerrando un ojo por el humo del pucho, lo cebaba.

—Yerbita flor! Como el finao era pulpero la traiba antes de misturarla.

—Riquísima!, — aseguró el lechuzón, que no la había probado aún. Esa barriquita la podemo llevar, ¿Eh? ¿Qué le parece, m'hijita? ¿Usté es matera?

—No, señor, — dijo la mulita que, aunque le gustaba el mate, lo que quería era que se fueran pronto.

—Claro! La gente delicada no toma. Nosotros los antiguos sí porque... semos una manga'e brutos... El mate y la bombilla, entonces, tamién la podemo llevar. E todas maneras, pa que se pierdan... Y yo qué quieren, — siguió, dirigiéndose a los atareados hermanos a quienes no sacaba la vista, — yo siempre creo que no se deben tener cosas de los difuntos porque uno si acuerda y, claro, es una fija que...

—Eso es pa mí, — interrumpió en voz baja y colérica al ver que uno de los hermanos se guardaba una amarilla.

Y corrigió enseguida, con voz más baja, todavía:

—Lleven lo que quieran menos plata porque eso es pa ella, la pobre. Ustedes ven, muchachos, que eso tiene que ser ansina. »

El peludo, con los ojos apretados por la muerte, parecía que lo estaba haciendo adrede para no ver aquellas cosas.

—Güeno, che, — dijo en una la lechuza a su tío, quien, como ya oímos decir, era su amante, — dejensén d'eso aura y saquen el cuerpo que ya está despidiendo mucho.

—¿Vamo?, — preguntó el lechuzón.

—Meta, — respondieron los otros.

—Una, dos y... tres! Arriba!

Salieron con él y lo bajaron en la orilla de una barraca.

—Pesadazo! — dijo uno de los aperiases secándose el sudor.



—Con la muerte!, — contestó su hermano.

El lechuzón volvió a hacer otro cigarro. Echó unas humadas, reculó para tomar impulso y, corriendo, dió un empujón al difunto que cayó en la mitad de la corriente.

Se quedaron mirando el agua.

El peludo se hundió, primeramente; asomó un poquito su lomo, se volvió a hundir más lejos y, así, subiendo y bajando y dando vueltas, se fué perdiendo de vista.

—Lo qu'es el mundo!, — dijo el menor de los hermanos mirando el agua que seguía corriendo.

—Vamonós a ver si llevamo los regalos. E tuitas maneras... ¿Quieren pitar, muchachos?

Uno aceptó; el mayor. El otro se había quedado meditando. Y, de pronto, dijo, receloso, como quien entreabre una puerta misteriosa:

—¿De nosotros tres, quién se morirá primero?

—Eso no se pregunta ni se piensa, bruto!, — replicó el lechuzón, escalofriándose.

Al ratito, el aperíá volvió a decir:

—Vaya a saber a quien le toca el turno!

—Callate esa boca o te reviento, rugió el lechuzón, haciendo gestos horribles.

Ea que pensaba en algo parecido. Y a la muerte, a su muerte, él le tenía un miedo bárbaro.

Cuando entraron la mulita lloró más fuerte.

—Hay que resinarse. La vida es ansina —habló el lechuzón mirando hacia los rincones ya desmantelados.

—Pobre mi tío! Tan güeno, tan trabajador!

El lechuzón, con unas boleadoras en la mano, la conformó primero y, luego, agregó, aunque no venía muy bien:

—Si me da estas boliadoras... Usté no las precisa. Y como yo apreciaba tanto al finao... Qué finao! Mire que tenía cosas... Pa recuerdo, ¿sabe?

La lechuza estaba al lado del fuego, muy encendida y muy extraña. Varias veces, al pasar junto a su tío en el acarreo del mate, se le había refregado toda contra su cuerpo. Y él también aprovechó la ocasión para apretarla con disimulo.

De pronto, dijo:

—Ché, vení que tengo qui hablarte.

Salleron sobrina y tío hacia unos cardales próximos.

El mayor de los hermanos estaba haciendo un bulto, dejándole una boca para meter algo más, si era posible.

El otro, sentado junto al fuego, pitaba en silencio.

Por primera vez en su vida estaba profundamente triste. Nunca había pensado en nada y, ahora, para estrenar la mente, se le habían metido en ella las ideas más sobrecogedoras; las ideas de la Vida y de la Muerte. Parecía que le entraba hasta el fondo algo como una lucecita; temblorosa pero tibia y acariciadora, eso sí.

En una agarró el mate que había abandonado la lechuza por irse con su tío, lo ensilló y fué a donde lloraba la mulita, a quien sólo de vista conocía.

—¿Gusta servirse de un mate? — preguntó, soñcico.

—Güeno, — exclamó ella enjugándose los ojos.

—¿Ta bien calentito?

—Sí, señor.

—Ah, güeno!

El aperíá sentía adentro recorrerle un inmenso goce jamás experimentado. Y le sorprendió muy lindamente su voz suave y dulce; voz que él podía tener y que, sin embargo, recién usaba.

Al rato volvieron a entrar los parientes. La lechuza venía como azonzada. Dió unas vueltas sin ton ni son y dijo, después:

—Güeno, vamonós qu'esta quedrá descansar. Mañana daré una güelta.

Hasta mañana.

—Güenas tardes, — dijeron los otros.

Y salió la lechuza seguida de su tío hecho un carro de mudanza, del mayor de los aperíases con un atado al hombro, y del menor, que se quedó un momento atrás para decir por lo bajo a la mulita:

—Si precisa algo, ya sabe!

La infortunada se quedó solita, acompañada por las primeras sombras llegadas empujándose desde quién sabe qué abismos donde la noche despierta.

La cama revuelta y vacía; las brasas del fogón, luchando con las cenizas, aún brillando; la soledad, todo llenábala de angustia. Además la tormenta se echaba sobre la tierra. Y empezó a caer el agua y a retumbar el trueno.

Arrinconada, hecha un ovillo, contentiendo el llanto porque la sobresaltaban sus propios sollozos, pensaba la mulita. Y algo entre el torbellino de sus ideas llegaba a sostenerla. La imagen de unos ojos, el recuerdo de la mirada a la vez melancólica y firme de Don Juan, el zorro.